



NÚMERO PRIVADO

¿Te animas a contestar esa llamada?

Lorena A. Falcón

ÍNDICE

- [Portada](#)
- [Copyright](#)
- [Libros de la autora](#)
- [Capítulo I](#)
- [Capítulo II](#)
- [Capítulo III](#)
- [Capítulo IV](#)
- [Capítulo V](#)
- [Capítulo VI](#)
- [Capítulo VII](#)
- [Capítulo VIII](#)
- [Capítulo IX](#)
- [Capítulo X](#)
- [Capítulo XI](#)
- [Capítulo XII](#)
- [Capítulo XIII](#)
- [Capítulo XIV](#)
- [Capítulo XV](#)
- [Capítulo XVI](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Última publicación](#)
- [Otras obras publicadas](#)
- [Decisiones \(extracto\)](#)

NÚMERO PRIVADO

Lorena A. Falcón

Copyright © 2019 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Cover Design by James, GoOnWrite.com

Libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto

El reino entre las nieblas

Libro I - Un camino marcado

Novelas - Tomos únicos

La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones

Cuentos

Por un par de alas
Todo o nada

No ficción

¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?

Visita la página de [Lorena A. Falcón](#)

Capítulo I

NO DEBERÍA HABER CONTESTADO ESE LLAMADO.

Nunca lo hacía cuando se trataba de un número privado. ¿Para qué hablar con alguien que no quería siquiera revelar su nombre? Además, tampoco conocía a muchas personas, ni quería hablar con ellas..., como ocurría en ese momento.

Hacía media hora que sus compañeros de trabajo trataban de convencerla para que saliera con ellos esa noche y a Mona no se le ocurría una excusa para no hacerlo. Entonces, sonó el celular, su pequeño salvador. Lo sacó del bolsillo como si encontrara una botella de agua luego de una caminata por el desierto. Lo aferró con ambas manos y miró la pantalla: «Número privado».

El aparato intentaba soltarse de sus dedos mientras resonaba con un movimiento insistente.

—¿Y..., Mona?, ¿vienes o no? —le preguntó uno de los hombres que tenía enfrente.

Ella levantó la vista y luego alzó una mano para indicar que debía contestar esa llamada. Seleccionó «Aceptar», se llevó el celular a una oreja, la mano a la otra y le dio la espalda al grupo. Con suerte, para cuando terminara de hablar, ellos ya no estarían allí.

—¿Hola?

Había mucho ruido en la línea. No solo estática, sino murmullo de fondo y una respiración agitada. ¿Sería una broma? ¿O algún tipo de llamado que no debería haber contestado?

Estaba a punto de cortar, cuando oyó una voz lejana.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

La voz susurraba en un cuchicheo apresurado, pero estaba demasiado apartada del teléfono o hablaba en un volumen muy bajo como para que se escuchara.

—¿Quién es? —presionó Mona. Aunque ya debería haber cortado. El grupo todavía seguía a su espalda, decidiendo el lugar al cual irían. Ella apretó el celular más contra su oreja—. ¿Hola?

Entonces, la voz se acercó un poco al micrófono, fueron solo unos segundos antes de que la conexión se rompiera. No había llegado a entender lo que decía, solo sintió su urgencia.

—Mona, ¿estás bien?

Ella miró desconcertada alrededor. Todo el grupo la observaba expectante.

—Yo... eh... —Sacudió la cabeza y se alejó, todavía con el celular en la mano.

¿Aquello había sido real? Por un momento, había creído que esa voz que susurraba apremiante del otro lado de la línea era la suya.

—No puede ser —murmuró mientras caminaba—, debe de haber sido un eco en la comunicación.

Sacudió una vez más la cabeza y recogió sus pertenencias para salir de la oficina. Por suerte, sus compañeros ya no estaban más en la entrada. Podía volver tranquilamente a su casa. El teléfono le vibró en la mano. El mensaje anunciaba una llamada perdida de un número privado.

—Pero si yo contesté...

Consideró, por un momento, regresar el llamado, pero sabía que no podría, no tenía ningún número para marcar. Finalmente, descartó la idea y caminó hasta la estación del tren que la llevaría de regreso a su hogar. Tuvo la suerte de conseguir un asiento junto a la ventanilla y poder disfrutar del paisaje. La formación iba casi vacía, extraño para ser viernes. Tal vez mucha gente se había quedado en el centro de la ciudad para salir con amigos. Miró el reloj, todavía le

faltaba una hora más de viaje. Se recostó contra la ventana y cerró los ojos.

No llegó a dormirse y la despertó la sensación de que el celular sonaba otra vez. Cuando lo revisó, no tenía ni mensajes ni llamadas. Miró a través de la ventana. Ya le quedaban solo dos estaciones, el sol había empezado a ocultarse y la luz se iba con rapidez. Aún tenía algunos minutos para pasar por su casa y volver a salir. La plaza estaba a dos cortas cuadras.

Llegó corriendo a su hogar y, apenas abrió la puerta, fue recibida por dos patas que cayeron sobre sus piernas y un hocico que buscaba caricias.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí —rio—, ¿vamos a pasear?

El perro ladró y dio una vuelta sobre sí mismo mientras ella descolgaba la correa y la enganchaba en el collar. Volvió a salir por la puerta que no se había molestado en cerrar. El animal tiraba de ella con tanta fuerza que se le incrustaba la soga en la mano.

A los pocos minutos, estaba en la plaza. Ya no había sol, pero la penumbra aún permitía ver sin la necesidad de luces. A esa hora, ya no había niños, solo adultos, algunos corriendo o trotando y otros con sus perros. Liberó la correa del suyo y lo miró correr. A veces, soñaba con esa libertad para ella misma.

Si tan solo pudiera...

—Hola, ¿cómo estás?

Mona controló su gesto antes de volverse hacia la derecha. Allí estaba un hombre con el que se había cruzado varias veces, tenía un perro de la misma raza que ella. No recordaba su nombre y, cada vez que lo veía, intentaba evitarlo. Así como también esquivaba diálogos con cualquiera de las otras personas que andaban por ahí. Ellos creían que formaban parte de una gran familia, ella ya había tenido una y...

—Hola. —Mona sonrió por un breve instante y se volvió a seguir mirando a su perro. Estaba bastante lejos y le ladraba a un arbusto. ¿Tendría que acercarse a ver qué ocurría?

—Es una pena que sean los dos machos, ¿no? —continuó el hombre a su lado, ella podía sentir que estaba más cerca que antes.

Ya había hecho ese comentario en otra ocasión, y esa vez tampoco había servido para iniciar una conversación, ¿por qué lo seguía intentando?

Ella se encogió de hombros.

—Hace unos días que no te veía.

«¿Me está vigilando?».

—Tuve que quedarme hasta tarde en el trabajo.

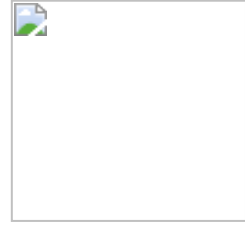
—Sí, claro. Yo tuve unos problemas familiares, mi mamá necesitó que la acompañara al médico; en general, lo hace mi padre, pero ese día... —Su voz se fue apagando al notar que ella ya no le prestaba atención.

—Lo siento —dijo Mona y sacó el celular del bolsillo, lo sintió vibrar en la palma de su mano—, tengo que contestar.

Él asintió con una sonrisa breve y ella se alejó unos pasos para atender. Ni siquiera se había fijado en el número antes de llevarse el aparato a la oreja...

Allí estaba otra vez ese ruido, además de la estática y, de nuevo, la voz..., que ahora era entendible.

—Por favor, por favor —sollozaba su propia voz—, solo quiero vivir.



Capítulo II

SE LE CAYÓ EL CELULAR AL PISO.

—¿Estás bien? —Él se acercó y le tocó brevemente el codo—. Estás un poco pálida —miró alrededor y localizó un asiento—, ven, descansa un poco.

Mona se dejó guiar y se sentó, él regresó a los pocos segundos con su celular. Ella lo agarró y miró la pantalla negra durante un momento.

—¿Malas noticias? —preguntó él en un susurro.

—¿Qué...? —levantó la vista ella—, no, no, mmm, no sé, creo que es una broma..., una mala broma.

Él apretó los labios.

—Son cada vez más frecuentes. No hay que contestar el teléfono a menos que conozcas el número.

Ella sonrió con tristeza. Sí, no tendría que haberlo hecho la primera vez; si no lo hubiera hecho, no habría estado preguntándose si volvería a llamar, no habría contestado con tanta rapidez. Pero ¿qué más podía hacer? No había dejado de preguntarse...

—¿Te encuentras bien? —Se había acercado una mujer de mediana edad, vestida con un *jogging*. Mona la reconoció como otra de las habituéas de la plaza en ese horario. Era una de las que estaba en ambos grupos: salía con su perro y aprovechaba para correr un poco.

—Sí, sí —Mona inspiró y se sentó más erguida—, estoy bien, fue solo una de esas llamadas pesadas, nada más.

—Ah, ¡cómo las odio! —La mujer apretó los puños mientras hablaba—. Siempre que me pasa, y créeme que cada vez es más seguido, no dejo de insultarlos a los gritos hasta que cuelgan. Me gustaría poder llamarlos para insultarlos un poco más, pero no se puede hacer demasiado, ¿no? Mucha gente tiene tu número de celular y no hay forma de evitarlo.

Mona se puso de pie.

—¿Estás segura de que estás bien? —insistió el hombre—, ¿quieres que llame a alguien de tu familia, de tu casa...?

No era la primera vez que lo intentaba. Mona lo pensó un poco mientras miraba de reojo a la mujer, que seguía atenta. Tal vez sería de muy mala educación no contestar, aunque prefería no tener que hacerlo.

—No, no hay nadie. Vivo sola.

—No quiero inmiscuirme... —dijo él con una sonrisa—. Tal vez podrías pedirle a una amiga que se quede contigo... —Se aclaró la garganta y también echó una ojeada a la mujer antes de sacar una tarjeta—. Si quieres, puedes llamarme.



LIBRARSE DE AQUELLAS PERSONAS FUE FÁCIL, lo complicado fue arrancar al perro de la plaza. El animal regresó a duras penas y con el rabo entre las patas.

—Lo siento, ya jugaremos un poco más en casa —intentó reconfortarlo ella mientras le ponía la correa, acariciándolo.

Esa vez caminaron con más lentitud, ella cada tanto miraba alrededor. Sin embargo, el perro no parecía alterado, estaba segura de que él detectaría si alguien la estuviera acechando o intentara atacarla.

Se llevó la mano al bolsillo donde había guardado la tarjeta, ¿podría ser que él decidiera seguirla para asegurarse...?

—No —musitó y negó con la cabeza—, no lo haría, ¿por qué? Nunca le di tantas esperanzas.

Aunque le había dado su número... y que esa mujer mencionara llamadas similares lo había puesto más nervioso... ¿Acaso...?

—No —sonrió para sí misma—, nunca les di mi número, ¿cómo podrían saberlo?

Tenía que sacarse todo aquello de la cabeza. Lo lograría después de ponerse cómoda en su casa y acurrucarse con el perro en la cama para mirar alguna película. Decidió pasar antes por una panadería que todavía estaba abierta a esa hora. Compraría algo dulce, necesitaba que el azúcar le levantara los ánimos.

Eligió unas tartaletas de frutilla y crema chantilly, se veían tan bien que tal vez terminara cenando eso con una taza de té en vez de la comida que tenía preparada en el congelador.

Cuando llegó a su casa, liberó al perro, quien corrió hacia el pequeño patio trasero. Ella lo acompañó para comprobar que tuviera agua y comida disponible y ver si era necesario limpiar.

—Uf —dijo cuando vio el rincón asignado y finalmente se dio la vuelta—, ya lo haré mañana.

Abrió la heladera, observó la comida y decidió quedarse con las tartas, no tenía ganas de usar el microondas ni de lavar platos. Pasó por su habitación antes de darse un largo baño.

Se estaba adormilando en la bañera cuando oyó que el celular se removía sobre la mesa donde lo había dejado. Salió corriendo, casi resbaló en el piso y llegó cuando ya había terminado de vibrar. No era una llamada, sino un texto. Frunció el ceño mientras lo leía. El número era conocido, una de las pocas compañeras de trabajo que tenía su

contacto, pero el mensaje era incomprensible. ¿A qué salida se refería?, ¿cuándo le había dicho que sí? Lo releyó. Le indicaba que pasarían a buscarla dentro de diez minutos, que estuviera lista en la puerta.

—No, esto no puede ser cierto. —Revisó el resto de los mensajes y llamados, no había nada. ¿Qué haría? ¿Debía contestarle que se había equivocado? Tal vez ya lo hubiera notado. Dejó el teléfono para volver al baño a secarse y vestirse.

La noche era fresca y el perro estaba dentro enroscado contra el pequeño sofá. Cerró la puerta que daba al patio.

Ya en pijamas y en su habitación, estaba seleccionando qué película mirar cuando volvió a sonar el celular.

Estamos aquí —decía el mensaje—, *¿sales?*

Ella suspiró y decidió textear su respuesta: *Perdón, creo que te equivocas, me confundes con alguien más.*

Entonces, el aparato sonó.

—¿Hola? —dijo Mona—, ¿cómo estás? Perdona, pero que creo que te confundist... No, no, yo no te llamé para... No, no, estoy segura, ¿cómo me olvidaría de eso...? No, te lo juro, yo no te llamé, no te dije que iba a..., alguien estará jugándote una broma. —Suspiró—. Lo siento, pero... no, gracias, no quiero salir... eh..., no me siento bien. No, no, estoy... bien, bueno..., estoy en cama..., mmm, sí, gracias..., nos vemos el lunes.

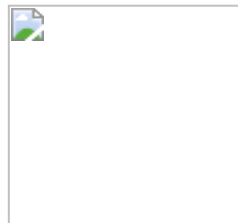
Apagó el celular y se quedó mirándolo.

¿Quién la habría llamado? Debía de haberse confundido, no había sido ella, a menos que...

«¿Acaso esa loca se estará haciendo pasar por mí?».

No sabía quién era, pero tenía una voz tan parecida a la suya que hasta a ella la había hecho dudar. No podía dejarlo así. Se incorporó, enojada; ya no quería mirar nada. Agarró la primera tartaleta y decidió que actuaría: no permitiría que aquello volviera a pasar. Puso el celular en la cama frente a ella y comió con furia esperando que brillara la pantalla.

La llamada no tardó en llegar.



Capítulo III

HIZO LA TARTA A UN LADO y se apresuró a contestar.

—¿Hola?

Otra vez se oían ruidos análogos a la estática, como si la conversación tardara en ponerse en tono o en línea.

—¿Hola? ¿Quién eres, qué crees que estás haciendo?

—Necesito ayuda, por favor, necesito que me ayuden.

La voz sonaba tan similar a la suya que le dio un escalofrío, pero debía mantener la calma, se aferró al celular y lo presionó contra la oreja.

—¿Quién eres, por qué estás haciendo esto? ¿Qué clase de juego es este?

—Solo quiero vivir.

—¡Yo también! Búscate tu propia vida.

La voz cambió de tono.

—Es lo que estoy haciendo.

La llamada se cortó.

Mona lanzó el teléfono sobre la cama como si estuviera en llamas. Se levantó con rapidez y su pie interceptó la mitad del plato con lo que quedaba de tarta. Trastabilló y cayó hacia el costado, contra la mesa de luz, que le clavó su punta en el muslo.

—¡Maldición!

Segundos después, tenía al perro ladrando a su lado. El animal olfateó y miró alrededor y luego se acercó a los res-